
La lección de biología *

Mucho se ha escrito sobre esta particularidad del poeta que consiste en que para él la infancia nunca termina y siempre habrá en su actitud algo propio del niño. Esto es indudable, por lo menos en el sentido de que las experiencias de la infancia permanecen vivas en él con gran intensidad, y en época muy temprana, ya en sus primeros escritos de adolescencia, está contenido el germen de lo que será su obra futura. Es evidente que los instantes de felicidad al igual que los de horror, sentidos por el niño, marcan toda la personalidad del hombre. Pero también el pensamiento del poeta está en función de la visión del mundo que le fue inculcada en la infancia por los padres y los maestros.

Pensemos, tan sólo, cuántos años de nuestra vida transcurren en la escuela. Es aquí justamente donde se nos entrena para asumir nuestro papel de partícipes en una determinada civilización. Cada día estamos sometidos a un proceso de indoctrinación con el fin de que nuestra manera de pensar no difiera de la de nuestros contemporáneos de modo que no tengamos la ocurrencia de dudar de axiomas como, por ejemplo, de que la tierra gira alrededor del sol... Existen distintas formas de indoctrinación según cada sistema político; sin embargo, debido a que el mundo está ya dominado por el culto a la ciencia, de esta ciencia que la vieron nacer los siglos XVI y XVII en el pequeño rincón de Europa occidental, tanto al niño chino como al norteamericano o ruso, se les proporciona, en forma de compendio popular, la misma visión científica resultado de los descubrimientos de Copérnico, de Newton o de Darwin. Resulta asombroso el hecho peculiar de que prácticamente todos los demás sistemas del universo quedan de antemano excluidos y no se les da ninguna oportunidad de competir con los conceptos de la realidad impuestos por la ciencia, es decir, por la perspectiva occidental. Sólo la agudeza sarcástica de un maestro de la paradoja, como lo fue el filósofo ruso Lew Szestow, es capaz de incitar en nosotros una reflexión sobre la diferencia palpable entre la educación de un joven bárbaro, que creía en los fantasmas y en la magia, y la de un niño de hoy. Este problema le interesaba a Szestow ya a principios del presente siglo: «Es otra la situación del niño en nuestra sociedad. Su imaginación dejó de ser agobiada por las leyendas; sabe que los demonios y los magos no existen y entrena su mente para no creer en semejantes mentiras, en contra del corazón que lo seduce con la nostalgia de lo maravilloso. Desde su más temprana infancia recibe una información sólida cuya credibilidad sobrepasa de manera absoluta

* Capítulo tercero y último del Libro *Testimonio de la poesía*. (Los capítulos primero y segundo aparecieron en los números 420 y 425, respectivamente, de *Cuadernos Hispanoamericanos*). Trabajo publicado en la revista polaca *Tygodnik Powszechny* de Cracovia, núm. 23 de 1983.

todas las invenciones, incluso las relatadas por los más ingeniosos autores de fábulas. Le dicen, por ejemplo, y de modo tan autoritario que no admite duda alguna, que la tierra no es inmóvil como se podría suponer, que el sol no gira alrededor de la tierra, que el firmamento no es un espacio estable, que el horizonte es sólo una ilusión, etcétera.» Así, según Szestow, se está creando en cada uno de nosotros una tendencia de aceptar como verdad aquello que en lo más profundo de nuestro ser sentimos como falso.

No sería exagerado afirmar que para la mayoría de los poetas la poesía es, en cierta medida, la continuación de lo que escribieron en sus cuadernos escolares o, más bien, lo que ahora siguen escribiendo al margen de ellos. Los términos de la geografía, de la historia o de la física, descubiertos entonces por primera vez y, por lo mismo, tan fascinantes, son el fondo de numerosas y geniales obras poéticas, como por ejemplo, *El barco ebrio*, de Rimbaud. La importancia que se otorga a las materias de la enseñanza también cambia constantemente. En los tiempos de Rimbaud dominaban aún la geografía y la historia, suplantadas después por las ciencias naturales, sobre todo, por la biología.

Los adversarios de la teoría de la evolución, que argumentaban su animosidad hacia ella por considerarla contraria a la Biblia, bien intuían en dónde estaba el peligro, puesto que la mente una vez atormentada por el concepto evolucionista quedaba ya definitivamente perdida para ciertas creencias religiosas. El descubrimiento de Copérnico le había quitado a la tierra su posición central en el Universo, pero las revelaciones sobre los orígenes simiescos del hombre significaron un golpe no menos fuerte; no sólo porque pusieron en tela de juicio la idea de la absoluta singularidad del ser humano, sino que también indirectamente atacaban, por ponerlo en duda, el sentido de nuestra muerte. La naturaleza, con su inimaginable sacrificio de billones de vidas, necesario para la permanencia de las especies, es absolutamente indiferente ante el destino de un ser individual. El hombre, por formar parte de ella, se convierte en un número más de la estadística. Poco a poco se va reduciendo la fe en la misión particular de cada uno de nosotros, concebida en las categorías de la redención y del castigo. Es como si a una imagen tradicional de la vida alguien añadiera la otra, científica, en conflicto profundo con la primera, lo cual genera una angustia permanente que nace siempre cuando el intelecto se encuentra sin defensa ante las contradicciones, acusándose a sí mismo por falta de suficiente consistencia. En la escuela las contradicciones están respaldadas por materias como la literatura o la historia, en las que permanece codificado cierto sistema de valores que difícilmente coinciden con la objetividad científica.

En cuanto a la poesía que suele nacer en los bancos del colegio, ésta debe buscar su camino en las nuevas orientaciones, según sus posibilidades, consciente de que la imaginación pierde su fundamento; es decir, la fe en la posición privilegiada del hombre en el espacio y en el tiempo, tanto del ser humano en general como del individuo. En la poesía contemporánea podríamos señalar distintas formas de este proceso y, tal vez, un día, alguien decida escribir su historia. Si yo tuviera (pero no la tengo) esta intención, tomaría como muestra los programas escolares de distintas épocas, sabiendo de antemano que encontraría en ellos una parte cada vez mayor de

orientación científica y, proporcionalmente, cada vez más disminuida de las ciencias humanas, es decir, la sección correspondiente a la filología y a la historia; después buscaría las correlaciones entre esta tan acentuada orientación de las ciencias naturales y la filosofía latente en los versos de los poetas. Me parece que tanto la educación como la poesía norteamericana se presentarían como las más determinadas por las ciencias naturales. Pero sospecho que otros países tampoco se quedarían muy atrás.

Voy ahora a leer un poema que es una muestra evidente del poder que ejercen las lecciones de biología... Debo explicar por qué escogí precisamente este poema, aunque bien podía haber elegido algún otro, igualmente representativo, o incluso más, porque no tendría que recurrir, como lo hago ahora, a la traducción². Pero sucede que Polonia es un país de mujeres poetas intelectualmente muy refinadas. En los años sesenta han llamado mi atención los poemas de una de ellas, muy joven entonces, Halina Poswiatowska. Había en ellos un tono estremecedor de la desesperación ante lo precedero del cuerpo y ante nuestra irremediable condena de habitar este cuerpo mortal; de ahí la vivencia tan intensa del amor siempre acechado por el final, siempre al filo de la vida y del vacío del más allá. Poco después supe que esta joven mujer sufría una incurable enfermedad del corazón. En los setenta, cuando murió teniendo no más de treinta años, los poetas amigos suyos trataron de mantener su leyenda. Fue entonces, cuando otra poetisa muy conocida, Wislawa Szymborska, dedicó a su memoria el poema que voy a leer en mi traducción. Su título, *Autotomía*, prestado de los manuales de zoología, significa la autodivisión. Su protagonista, el pequeño animalito del mar —la holoturia— tiene también otro nombre: el pepino del mar.

Autotomía

in memoriam

Halina Poswiatowska

*Frente al peligro, la holoturia se desdobra:
una de sí misma se rinde, para que el mundo la devore,
mientras la otra se redime en la fuga.
Bruscamente dividida entre la caída y la salvación,
entre el castigo y el triunfo, entre lo que había sido y lo que vendrá.
En la mitad del cuerpo de la holoturia, se abre el abismo,
sus dos orillas, de repente, no se reconocen.
Una orilla —la muerte, otra orilla— la vida.
Aquí la desesperación, allí la esperanza.
Si existe el balance, los platillos ni se mueven.
Si hay justicia, aquí está.
Morir lo necesario, sin violar la medida.
Brotar lo debido, de la materia que logró salvarse.
Sabemos desdoblarnos, sí —también nosotros mismos.*

² Milosz se refiere naturalmente a la traducción del poema al inglés. La traducción ofrecida aquí es la directa del original polaco al castellano. (Nota de la traductora.)

*Paréntesis entre el cuerpo y el susurro degollado.
Entre el cuerpo y la poesía.
De un lado la garganta, del otro, la risa,
Frágil, a punto de quedar ahogada.
Aquí el corazón oprimido, allí, non omnis moriar,
tres palabras apenas, como tres plumitas al vuelo.
No es el abismo lo que nos divide.
Es el abismo lo que nos rodea.*

Hace muchos años, otro fenómeno de la naturaleza, común y quizá no tan científico, servía a los filósofos y los poetas para representar la metáfora del pasaje de la vida a la muerte. Me refiero a la metamorfosis de una crisálida en mariposa; de un cuerpo abandonado por el alma que va en busca de su liberación. Este dualismo del cuerpo y del alma había permanecido durante siglos en nuestra civilización. Pero en vano lo buscaríamos en el poema citado. Aquí el abismo se abre en el cuerpo de la holoturia mediante una división en dos «yo» orgánicos. Con el Renacimiento nació otro dualismo, paralelo al del cuerpo y del alma. Pienso en el dualismo del olvido y de la fama expresado en una máxima: *ars longa, vita brevis*, en el afán de permanecer vivo en la memoria de la posteridad: no todo muere, *non omnis moriar*. Podríamos considerar este segundo dualismo como otro sistema de protección, paralelo al primero de naturaleza cristiana conforme la ambigua simbiosis del patrimonio de la antigüedad con el mensaje del Evangelio, por lo menos, en todos los países donde el latín fue el idioma universal. Por supuesto, han sido pocos los que podían asegurarse la fama; la máxima de la brevedad de la vida y de la inmortalidad del arte es, entonces, elitista, y más que en la obra misma, insiste en su percepción social. La aceptación tardía o incluso póstuma en las generaciones postreras llegó a ser uno de los grandes *clichés* de la civilización occidental. Pero este esquema se mantiene vigente sólo el tiempo en que permanece viva la unión del poeta con la gran familia humana. Extraños fenómenos suceden en la poesía de la segunda mitad del siglo XIX: los individualistas que se rebelaron en contra de los que piensan «tal como es debido», en lugar de insistir en la longevidad del arte —*ars longa*— intentan elevarlo a puesto tan alto que por lo mismo empiezan a proclamar la idea del arte por el arte, *l'art pour l'art*. Ante el común debilitamiento de valores que poco a poco perdían su fundamento metafísico, brotó entonces una concepción de la poesía perfectamente autónoma y, por lo mismo, indiferente a la crisis. Regida sólo por sus propias reglas sería una forma particular del antimundo. Frente a esta nueva concepción del arte poético, el viejo *cliché* de la admiración de la posteridad perdió su poder de seducción y cedió el lugar al postulado de la realización de la personalidad individual del poeta, tal como si éste tratara de dejar para siempre moldeada en yeso la forma de su rostro: *Tel qu'en lui même enfin l'éternité le change*, según las palabras de Mallarmé en *El epitafio de Edgar Allan Poe*.

El poema de Wislawa Szymborska que acabo de leer, pertenece a una fase mucho más tardía que la del culto de la poesía elitista. Pudimos observar la progresiva decadencia de esta última cuando la individualidad de cada ser humano quedaba, poco